

Las calacas de Rubén Bonifaz Nuño

Joaquín Sánchez Macgrégor

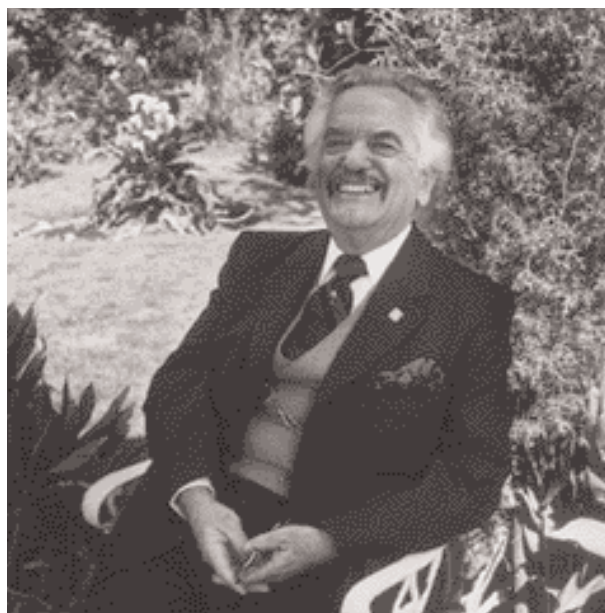
La calaca no respeta a nadie. Es lo que nos dice, en estilo homérico, la *Iliada* XXI, 107, epígrafe de las quince calaveras rubenianas que constituyen un poema único dedicado al morir. Lo de rubenianas es para que se preste a confusiones, claro está; ¿no son dos los grandes rubenes de la poesía de lengua española? Y lo de “calaveras” es porque va de por medio la tradición mexicana de jugar con la muerte. No en balde se lee en el colofón de este hermoso alarde de edición (y vaya que Rubén tuvo tratos con *doña Imprenta*): se terminó la noche del Grito del 2003. Rezuma mexicanidad de la buena, de quien está versado en los menesteres del poetizar clásico, uno de los humanistas insignes producidos en el siglo XX.

Una pantomima completa representan las calacas, como en los circos de mi infancia, recuerda Rubén. De lo cual nos advierte de entrada, en el primer enneasílabo de la estrofa inicial del ciclo:

Adelanta la pantomima:
igual que a las torres de los reyes
y a los jacales de los pobres,
[...]
sé quién es, tin tin, y me resisto
a abrirle, y estoy, tin tin, abriéndole.

La calaca entra solapada por Horacio, en su cuarta oda del libro I:

Pallida mors aequo
pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.

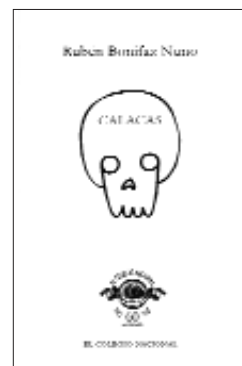


© Rogelio Cuelilar

Con la técnica rubeniana de versión rítmica literal, se tradujo así, en su oportunidad:

Llama la muerte pálida con pie igual a chozas de los pobres
y a regias torres.

La guadaña no distingue entre alcázares reales y míseros jacalones. La Dientoncilla rubeniana pide posada indiscriminadamente. Lo sabíamos desde el poetizar vernáculo inaugurado por Bonifaz en *Fuego de pobres* (1961). A partir de entonces, lo vernáculo marcará aspectos decisivos de su poética.



En la estrofa II aparece el Rubén antimperialista, entre las calaveritas de azúcar del Día de Muertos. Denuncia que hasta el cempasúchil, la flor nacional, es importado. Un siglo atrás, había clamado el otro Rubén: ¿qué tantos millones de hombres hablaremos inglés? No estaría mal como segundo idioma, pero Darío pensaba, con clarividencia, que desplazaría al español en los círculos de poder cultural.

El III, tan mexicano y “relajiento”, en apariencia, “pinche Pelona, me das risa”, resulta evocador de Quevedo, en sus momentos sobrecogedores: “Pues asco dentro son, tierra y gusanos”. Bonifaz se siente agredido:

[...] embistes
en guerra contra un montón de harapos.

Con ochenta, trabajosos años, a cuestras, padeciendo el mal de Borges en la vista, se acoge al tacto, diciendo irónicamente, que se acoge así a las viejas que pasan con el olor de su nardo, con lo cual adquieren el aroma de la Sulamita del *Cantar de los Cantares*.

Utiliza, según su costumbre, métrica y ritmos nuevos, versos acentuados en quinta sílaba, combinación de diez con nueve sílabas. O sea, aunque lo diga, no es un montón de harapos, no puede serlo por su prodi-

giosa inventiva de poeta, por su investigación creativa de los misterios de Coatlicue, Tláloc, los olmecas, investigación que lo llevó a identificarse con la cosmovisión de los antiguos mexicanos: su búsqueda de la perfección en alianza con la naturaleza; lo cual contrasta con el ecocidio occidental. “Un montón de harapos”, ¿con ese amor a los clásicos grecolatinos?, quedándole ánimos, por si fuera poco, para continuar su labor enaltecedora en el Seminario de Estudios para la Descolonización de México.

Su marco, aun sin pretenderlo, es jacarandoso:

Me alegre empero, propulsado
por las hélices del a.d.n.

Es el tono, a despecho de su modelo quevediano, amargoso, de la estrofa IV, donde deplora la “puerca suerte”, de

que por querer vivir mañana
o que el corazón papalotee,
ya te estoy, Pelona, procurando.

Decasílabos y enecasílabos bien diferentes (no sólo por la métrica) de los endecasílabos quevedescos:

¡Oh condición mortal! ¡Oh dura suerte!
¡Que no puedo querer vivir mañana,
sin la pensión de procurar mi muerte!

Si el VI es un memorial hospitalario (*pauvre Lélian*), con algunas analogías en Jaime Sabines, el VII se atreve a conjugar, mejor aún, a conciliar las manos de metate con las “gravezas” de las *Coplas por la muerte de su padre*, de Manrique, o las imágenes de la mística del Siglo de Oro. Manrique:

Cuando tú vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

Todo se torna graveza
cuando llega al arrabal
de senectud.

La cava honda chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?

Rubén:

para esta graveza no hay reparo
ni profunda cava que aproveche.



En la *Epístola moral a Fabio*, de fines del siglo XVI, se lee:

Como los ríos, que en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.

Versos que en la estrofa rubeniana IX estimulan la evocación de las corridas del “tranvía sin paradas” (se identificaban con un banderín verde), que iba directo a San Ángel, desde el Zócalo. El “rápido” como metáfora de la muerte.

En la XII, vuelve a emparejarse con Quevedo, como acostumbraba hacerlo Picasso con la mejor pintura del mundo; también Joyce, Ezra Pound y Eliot con la literatura universal.

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados [...]

Bonifaz:

Miro, Pelona, sí, mis muros
vencidos de la edad, cayendo,
como la patria, agujerados.
Salirme al campo me prohíben
mis muletas sin acrobacia [...]

Sí, una evocación de lecturas infantiles: la muleta cirquera de Long John Silver, el pirata sin pierna de *La isla del tesoro*.

En la XIV, recuerda que nadie se muere la víspera: “no podrás, la víspera, abolirme”. Y en la última estrofa, la xv, el *Non ovnis moriar*, de Horacio: “No sé si habré de morir todo”, escribe Rubén.

La mofa, el escarnio, la flagelación propia, se vuelven, en la conclusión, un reto positivo, sin bravuconerías, que no se las gasta el talante humanístico y, menos, si se inspira en la poesía náhuatl:

¿Y hemos de llorar porque las cosas
están así sobre la tierra?

Cerrándose el ciclo de un modo natural, tierno, estoico, que es el de nuestros tlamatinime: “me vienes guanga, compañera”. ■

Rubén Bonifaz Nuño, *Calacas*, El Colegio Nacional, México, 2003, 41 pp.

